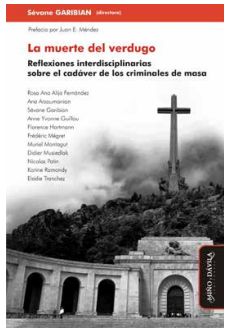
Cuerpos que hablan: la muerte de los perpetradores de crímenes de masa y su tratamiento político

ANALÍA GOLDENTUL*

Acerca de *La muerte del verdugo. Reflexiones interdisciplinarias sobre el cadáver de los criminales de masa,* de Sévane Garibian (dir.). Buenos Aires, Miño y Dávila, 2016, 266 páginas.



"Los cuerpos hablan" es un conocido apotegma de la medicina legal que se volvió popular a partir del éxito televisivo que cosecharon algunos *thrillers*, donde la reconstrucción de la escena de un crimen –quién lo hizo, cómo, cuándo y dónde– constituía el núcleo de la trama. Para las Ciencias Sociales los cuerpos también hablan pero desde un lenguaje distinto: no interesan los detalles forenses o biológicos, sino la textura política del cuerpo, las relaciones sociales y morales que anidan en la figura de aquel que ya no está.

La muerte del verdugo. Reflexiones interdisciplinarias sobre el cadáver de los criminales de masa vuelve sobre los cuerpos de aquellos que perpetraron crímenes de masa desde un lenguaje social e interdisciplinar que se sitúa en el cruce de varias corrientes: el derecho, la antropología, la historia, la sociología y el ensayo. El eje del libro no está puesto en el acontecimiento individual de la muerte sino en lo que esta tiene para decir de su contexto: ¿cómo fue el tratamiento público y político de los restos?, ¿qué sentido social se les otorgó colectivamente?, ¿cuáles han sido las formas de recordación?

En la primera parte se revisa aquellos casos donde la muerte fue "natural" o "bajo sospecha". El trabajo de Anne Ivonne Guillou sobre la transformación del cenotafio del líder de los Jemeres Rojos, Pol Pot, en objeto de prácticas rituales y a la vez en un espacio integrado al circuito turístico, revela la superposición de sentidos que puede existir en torno a la muerte –nunca simbólicamente unívoca– del verdugo. Rosa Fernández muestra cómo el tratamiento político que se hizo de los restos de Franco y Pinochet habilitó la configuración de prácticas memoriales distintas. Mientras el cuerpo del español descansa en el monumento del Valle de los Caídos y posibilita que su figura pueda seguir siendo honrada en un lugar público, las cenizas del dictador chileno reposan en un mausoleo familiar de carácter privado, obstruyendo las posibilidades de una muerte exaltada o patrimonializada. La misma pauta comparativa la encontramos en el artículo de Karine Ramondy, que aborda los recorridos póstumos de los dictadores africanos Idi Amím Dada y Jean-Bedel Bokassa, iluminando desde la simbología política la construcción de mitos que marcan (incluso) cierta popularidad con la que todavía cuentan ambos actores. Entre tales mitos se cuentan la recuperación del orden perdido frente al presunto caos actual y una serie de representaciones que oscilan entre lo sagrado y lo monstruoso de estos controvertidos líderes.

La primera parte del libro se cierra con un trabajo de Florence Hartmann sobre el caso de Milosevic, catalogado por la autora como "muerte escapatoria", donde se analiza cómo el fallecimiento del serbio dio lugar a la extinción penal del obrar de la Justicia, obturando los procesos de reconstrucción de los hechos y su impacto social, máxime en un caso donde la propia muerte de Milosevic cargó con un manto de sospecha.

Los casos de criminales juzgados y ejecutados constituyen el tópico de la segunda parte del libro. Nicolás Patin analiza las políticas de ejecución penales de altos mandatarios nazis, buscando desentrañar los sentidos inherentes al dispositivo del ahorcamiento público: ceremonia de orden, voluntad de humillar al criminal, intención de reconfortar a los familiares de las víctimas. La discusión sobre los riesgos que conllevan estas tecnologías de dar muerte es central aquí, en tanto la creación de un espacio escénico de ejecución puede generar el efecto de victimizar al verdugo. Ana Arzoumanian, por su parte, aborda la espectacularidad en la muerte de Saddam Hussein en 2003, no tanto por la dramaturgia propia de la ejecución –que en este caso fue cerrada e inaccesible–, sino por las imágenes que luego circularon mediáticamente, generando en algunos sectores de la sociedad iraquí una excitación afectiva que puso de manifiesto que los cuerpos son, ante todo, símbolos emocionales.

En la última parte y quizá la más controversial, los artículos tematizan los dilemas políticos y éticos que atañen a las muertes extrajudiciales. El asesinato del dictador turco Talaat Pashá en 1921 y el posterior juicio a su victimario –un sobreviviente del genocidio armenio–, habilitó, según Sevànne Garibian, una dimensión "recognitiva" de crímenes que lindaban con el olvido. Más tarde, en 1943, la repatriación de los restos de Taalat a Turquía por concesión de Hitler derivó en obras monumentales en su memoria por parte de un Estado que aún hoy no reconoce aquellas prácticas genocidas. Didier Musiedlak reflexiona en torno a la "metamorfosis" simbólica del cuerpo de Mussolini. Si en un primer momento el asesinato y exposición del cuerpo –colgado públicamente junto al de su amante– fueron pensados como un hecho que iba a favorecer la recomposición de los lazos comunitarios o societales, los detalles que se fueron conociendo a posteriori –vejámenes y mutilaciones en su rostro– lejos de clausurar la experiencia del fascismo, reforzaron la figura de mártir y alimentaron el imaginario de una resurrección del Duce.

Ya inmersos en el siglo XXI, las muertes de Bin Laden y de Gadafi en 2011 ponen de relieve la periodicidad con la que se siguen practicando las ejecuciones extrajudiciales. Fréderic Mégret conceptualiza el asesinato del líder de Al Qaeda como un "no acontecimiento" –nocturno, silencioso y furtivo– que debió ser recreado por el cine comercial para satisfacer la "necesidad de ver" de las audiencias globales. Como reflexión medular de su artículo, el autor advierte sobre la desvalorización por la opción judicial que es inherente a la "lucha contra el terrorismo". El linchamiento de Gadafi, según Muriel Montagut, también puso de manifiesto la ausencia de un juicio y, con él, la posibilidad de desmarcarse del viejo régimen imperante. Luego de que su cuerpo fuera golpeado, sodomizado y expuesto como un trofeo, los medios de comunicación presentaron su asesinato como una muerte que instalaba un "equilibrio justo" con el accionar desplegado por el mismo Gadafi durante sus gobiernos.

En conclusión, *la muerte del verdugo* es un interesante exponente de un tema no explorado, mayormente ensayístico, que podría tener una resonancia política en Argentina, donde el actual desarrollo de los juicios en torno a la represión ilegal de la última dictadura abrió una serie de polémicas sobre los derechos de los acusados y condenados por crímenes de Lesa Humanidad. En tal sentido, el sistema penal argentino, garantista, se destaca como modelo para reinterpretar las problemáticas presentadas en el libro, que muestra los efectos de la carencia de estado de derecho en la mayoría de los casos de estudio.

* Socióloga. Becaria doctoral (CONICET) con sede en el Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe.